

LA MUERTE TENÍA UN PRECIO



Y era bastante, la verdad. Entre el nicho que pagaron hace la tira de años, la incineración, las misas y todos los jaleos de las herencias, no dábamos abasto para entristecernos. Encima había un sol tremendo para octubre, y estaba realmente ocupada. Ya lloraría en invierno, pensé. Tenía demasiado que hacer. Como pienso mucho, me había dado cuenta que en los funerales siempre está el familiar destrozado y el que parece que está más entero, recibiendo a los visitantes y encargándose de los trámites. Seré ese, y ya está, alguien tiene que hacerlo. Así que seguí adelante, y pasé el otoño y el invierno, y como siempre, cuando ya estaba preparada para asumir el dolor, ya no quedaba nadie para compartirlo. Y mira que aviso a mis amigos, que la pena me hunde cuando pasan unos meses, que de primeras parezco fuerte pero no. De nuevo sola, añorando llamadas telefónicas a una persona que ya no me podía contestar. He aprendido muchos recursos para distraer mi mente y poder seguir adelante. Si me conoces bien, quizá reconozcas los síntomas: oír música a todas horas, leer a todas horas, ocupar todas las horas en actividades que no permitan pensar. Porque si, de repente en un semáforo, tu mente queda libre, quizá ya no la recupere nunca más. Y después de conducir llorando un rato, y decidir parar en cualquier pueblo, y que te rescate un pastor de ovejas en un camino al que no recuerdas como llegaste, sabes que has llegado al límite.

Esa noche, al llegar a casa, marqué su número en el móvil. Llamar a un muerto creo que es la forma más significativa de la fase de negación en un proceso de luto. Que te responda una voz muy parecida a la que perdiste no sé qué fase es. Y que te consuelen mientras hipas como una histérica un “¿Cómo te has atrevido a dejarme?”, tranquilizándote y dejando que llores... Pues qué voy a decir, para ser un fantasma no estaba nada mal. Quizá en ese año que llevaba muerto se había metido a psicólogo o algo. Al menos me escuchó mucho mejor que cuando estaba vivo.

Esa noche dormí tan bien que al día siguiente le volví a llamar. Charlamos más tranquilos, el más allá no estaba nada mal pero no sabía cuánto tiempo le dejarían mantener la línea con los vivos. Le conté mis días, mis nuevas rutinas sola, los amigos

que me quedaban. Desde el principio me insistió en que en algún momento no podría contestarme. Tenía que aprender a resolver mis problemas, no era necesario contarle absolutamente todo lo que hacía. Y como reconozco mis adicciones, me obligué a restringir mis llamadas.

Me pasaron cosas duras, sinceramente. La vida no debería sentirse en la obligación de ser tan puta, al fin y al cabo, es la muerte la que tenía un precio. Miraba mi teléfono y no tenía la certeza de que él pudiera contestarme. Así que empecé a no llamar, no por fuerza de voluntad, más bien por la cobardía de que en ese momento no me respondiera. Pensé en recurrir a otros amigos, pero me pareció poco ético emplearles como sustitutos. Lloré mucho, hasta que el impulso de buscar su nombre se fue perdiendo. Casi pude hasta olvidarme del móvil, había hablado tanto con él que ya no me apetecía decir nada a otra persona. Pasaron días enteros sin recordarle, tan buenos que me hubiera encantado llamarle para compartirlos con él. Pude vivir, no sé cómo, pero lo hice.

Y después de muchos, muchos años, iba conduciendo de noche y se me juntó el cansancio, la niebla y una curva difícil. Perdí el control, vi cómo me precipitaba fuera de la carretera, y aún me dio tiempo a escuchar mi móvil. Era él. Sonreí.